



Heredia, Mariana (2015), *Cuando los economistas alcanzaron el poder (o cómo se gestó la confianza en los expertos)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 304 pp.

Nicolás de Brea Dulcich*

A través de un minucioso análisis histórico, la socióloga Mariana Heredia se propuso rastrear el momento en que “la economía” se constituyó como una entidad original e independiente del resto de la realidad social argentina; y el modo en que los economistas se convirtieron en los únicos “expertos” capaces de comprenderla.

Desde el comienzo mismo del libro, la autora advierte a los lectores y lectoras: su trabajo no presenta un recetario más contra los males económicos del país. Por el contrario, el mismo aparece como la reacción exploratoria de una científica social ante la creciente influencia social, política, mediática y empresarial, que han sabido ejercer los economistas en el mundo occidental, y particularmente en nuestro país, en las últimas décadas. Y esa advertencia inicial resume, en gran medida, el punto que desea abordar. Porque en ella subyace la percepción de un imaginario social, inherente a una particular construcción de sentido común que supone la asunción compartida de un hecho “objetivo”: el país se encuentra constantemente afectado por “males económicos”. Y esa percepción, hay que reconocerlo, no resulta de la mirada subjetiva o caprichosa de la autora. Para sustentar su perspectiva, ella apela a una serie de experiencias extremas que han sacudido al país desde la década de los setenta en adelante: un endeudamiento exterior inédito, dos hiperinflaciones, cinco semiconfiscaciones de los depósitos bancarios, una relación tormentosa entre la moneda local y el dólar, la sucesión de cinco monedas

* Profesor de Enseñanza Media y Superior en Ciencias Antropológicas (Universidad de Buenos Aires) - Estudiante de Maestría en Historia Contemporánea (Universidad Nacional de General Sarmiento). Contacto: ndebreadulcich@outlook.com

nacionales, la aparición de más de una docena de cuasimonedas provinciales y el mayor default de deuda soberana del que se tenga registro.

La perspectiva histórica empleada para abordar la temática fue acompañada de setenta entrevistas a economistas de distintas generaciones, perfiles y orientaciones ideológicas, realizadas por la propia autora entre los años 2002 y 2003. Su muestra no alcanza a tener el suficiente peso cuantitativo como para afirmar que la misma es representativa del fenómeno histórico-social analizado, pero al garantizar proporcionalidad en los criterios de selección de sus entrevistados, como ser: pertenencia generacional, instituciones en las que se desempeñaron y administraciones en las que participaron; efectivamente puede asegurarse el carácter cualitativo de aquella muestra.

Heredia comienza su análisis señalando que fue el Estado nacional el que brindó un primer reconocimiento a los economistas, albergándolos en sus universidades, entidades bancarias y agencias de regulación y planificación. Fue en el sector público que los economistas argentinos dieron sus primeros pasos profesionales y obtuvieron, en gran medida, su remuneración y su prestigio. Y dado que era precisamente allí donde mejor encontraban cauce a sus aspiraciones profesionales es que, al menos en un principio, los economistas se alejaron del liberalismo. Sucede que las agencias gubernamentales, durante el período iniciado con la segunda posguerra, tenían una marcada orientación hacia la intervención en materia de políticas públicas. Y esto favoreció una tendencia predominante, entre los egresados de las ciencias económicas, hacia posiciones “heterodoxas” coherentes con la impronta general de las reparticiones públicas.

Sin embargo, esta particularidad en la formación de los cuadros profesionales de la disciplina no habría pasado desapercibida para la geopolítica norteamericana, sobre todo en el marco de la creciente radicalización política que comenzaban a experimentar los claustros universitarios sobre finales de los años sesenta y principios de los setenta. Según la autora, los Estados Unidos fueron determinantes en su pretensión por alinear a las ciencias sociales con el bloque occidental con el fin de garantizar elites modernizadoras “amigas de [norte] América”. Y su accionar habría sido encauzado a través de la financiación de asociaciones “filantrópicas” y *think tanks*, por medio de acuerdos de posgrado con universidades latinoamericanas, o por intermedio de fundaciones como Carnegie, Ford y Rockefeller. En el caso de la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, la autora encuentra que esta influencia ideológica puede verse con claridad al constatar que la reforma del plan de estudios de 1977 reemplazó la denominación de “licenciatura en economía política” por la de “economía”, a secas. Fue precisamente en ese marco que los contenidos humanísticos y sociales cedieron terreno frente a las matemáticas, se consolidó una orientación teórica de corte neoclásico y un perfil más “técnico” y “profesionalista” entre los egresados.

De todas formas, Heredia advierte que este suceder no supuso una iniciativa ideológica coherente y orgánica por parte del país del norte en tanto potencia

“omnímoda”. Porque además de este tipo de iniciativas, los fondos internacionales también permitieron la creación de centros de investigación de diversas tendencias teórico-ideológicas (entre ellos el Centro de Estudios de Estado y Sociedad o el Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración) y el afianzamiento de otros preexistentes (como el Instituto de Desarrollo Económico y Social, y su revista *Desarrollo Económico*).

La autora se encarga de contextualizar el surgimiento progresivo de “la” economía. Es decir, en el marco de una coyuntura internacional caracterizada por la creciente hegemonía del capitalismo en tanto modo de producción, la rama de las ciencias sociales consagrada al estudio de los fenómenos económicos habría restringido lugar a la discusión ideológica, favoreciendo un mayor protagonismo de la “técnica aséptica”. Si para esta época la humanidad había alcanzado el *fin de la historia*, tal y como sentenciara Francis Fukuyama,¹ lo mismo aplicaba al campo económico. Después de todo, la discusión era la misma: la democracia liberal había “triunfado”, probando ser el “único” modo “racional y lógico” de desenvolverse en sociedad y, por ende, el mejor y último en la supuesta escala ascendente de la evolución humana.

Ahora bien, este proceso de desideologización (profundamente ideológica, claro está) estuvo acompañado por un cambio en los modos de inserción profesional de los economistas. Heredia hace hincapié en la progresiva disminución de centralidad de la universidad y las agencias estatales ante la aparición de las fundaciones, centros de estudios privados, financieras y consultoras. En la medida que el Estado era achicado, la iniciativa privada proliferaba y viceversa. Ambos fenómenos son causa y, a su vez, consecuencia del otro. En ese marco, los economistas que antes encontraban en el Estado un cauce a sus aspiraciones profesionales, ahora ligaban su crecimiento profesional con el ámbito privado.

Resulta muy interesante ver el lugar que Heredia destina al fenómeno inflacionario en el recorrido de su trabajo: según la autora, fue precisamente la inflación la que dio el último empujón que los economistas necesitaban para despegarse del resto de los científicos sociales y situarse en el lugar de “expertos”. La sola mención de que para el año 1985 la inflación ya constituía el principal problema del país para la mitad de los argentinos resulta más que elocuente.² Y con la “aparición” de un problema manifiestamente delimitado en el campo de “la economía”, los economistas habrían dado el salto a la escena pública como los auténticos referentes de la materia capaces de enfrentar y, eventualmente, dar solución a un “nuevo” problema.

En este sentido también es destacable el modo de intervención que, en este marco, tuvieron los economistas argentinos. De acuerdo con la autora, incluso

¹ Fukuyama, 1994.

² Mora y Araujo, 1988: 113.

cuando movilizaron la autoridad de una ciencia económica de “reglas universales” y lograron respaldarse en el gobierno de los Estados Unidos y los organismos internacionales, los “expertos” nacionales no fueron meras correas de transmisión de diagnósticos e intereses importados de los grandes centros de producción ideológica. Porque los economistas argentinos habrían actuado como verdaderos artífices del nuevo orden que ligaba las oportunidades y los condicionantes del escenario nacional e internacional. El ejemplo paradigmático que presenta la autora es el de la adopción de la ley de convertibilidad que establecía la paridad cambiaria fija entre la moneda nacional y el dólar estadounidense. Porque llegaba a contradecir incluso al propio Consenso de Washington, según el cual se “recomendaba” a los países periféricos las “virtudes” de un tipo de cambio ligeramente devaluado respecto del dólar, para equilibrar las cuentas externas a través de la promoción de las exportaciones y favorecer la protección de la producción nacional.

Cuando los economistas alcanzaron el poder concluye con un repaso del estallido de esa “innovación nacional” que fue el experimento de la convertibilidad, pero antes introduce una interesante reflexión en torno a los efectos que el neoliberalismo tuvo sobre el régimen sociopolítico vigente en favor de otro régimen de representación social basado en la tecnopolítica. Según la autora, la representación de la sociedad como un colectivo organizado por grupos socioeconómicos distintos (con intereses y valores contrapuestos) cedió paso a una concepción cada vez más “desocializada”. Renovando los ideales modernos de igualdad y autonomía entre los individuos, ciertos discursos comenzaron a reclamar que las instituciones políticas no solo arbitraran en el conflicto entre el capital y el trabajo, definieran y condujeran el progreso colectivo, sino que se comprometieran en el respeto y despliegue de las libertades individuales. Quedaban así fundamentados los principios filosóficos de un fatalismo económico que habría de guiar las actitudes sociales de una gran porción de la sociedad argentina en el marco de una postmodernidad instituida a nivel global con la caída del muro de Berlín. El arraigo del individualismo a ultranza se verificaba como el único camino posible a seguir, casi como un “sinceramiento” de las actitudes que los sujetos sociales debieran ejercer dada su “naturaleza” en tanto *homos oeconomicus*.

Son pocas las críticas que podrían hacersele al prolijo trabajo de Mariana Heredia. El mismo posee una coherencia muy sólida entre los objetivos explícitamente propuestos y aquello que efectivamente se lleva a cabo. Tal vez hubiese resultado interesante que la autora ahondara o, mejor dicho, ampliara el período de análisis. Porque, tal y como ella misma se encarga de sugerir en su libro, la Universidad de Buenos Aires se presenta como un sugestivo caso de análisis para abordar el modo en que los contenidos humanísticos y sociales de la carrera de ciencias económicas cedieron terreno frente al análisis matemático, el álgebra, los cálculos financieros, la econometría o los análisis de carácter “micro”. Pero este fenómeno, además de encontrar sus causas en la década de los setenta, seguramente encuentre otros fundamentos hacia comienzos del siglo XX

¿Cómo explicar, sino, que la Universidad de Buenos Aires haya creado, allá por 1913, una facultad específica para las denominadas Ciencias Económicas y no las hubiera incorporado a las ya existentes de Derecho y Ciencias Sociales y/o de Filosofía y Letras? Posiblemente aquella orientación teórica de corte neoclásico y el perfil pretendidamente "técnico y profesionalista" de los egresados de ciencias económicas que señala Heredia, puedan encontrar otros fundamentos más allá de los expuestos en su investigación. Aunque, por supuesto, esto hubiera significado la reformulación o revisión de su hipótesis central.

Independientemente de estas observaciones, Mariana Heredia ofrece un trabajo consistente, metódico y bien documentado, que contribuye a la comprensión de la potente confianza social que los economistas han sabido alcanzar y realiza una notable contribución a la historia económica reciente.

Bibliografía

Fukuyama, Francis (1992), *The end of History and the last man*, New York, The Free Press.

Mora y Araujo, Manuel (1988), "El Estudio empírico de los aspectos sociopolíticos de la inflación", en Botana, Natalio; Waldmann, Peter (eds.), *El impacto de la inflación en la sociedad y la política*. Buenos Aires, Tesis – Instituto Torcuato Di Tella, pp. 100-124.